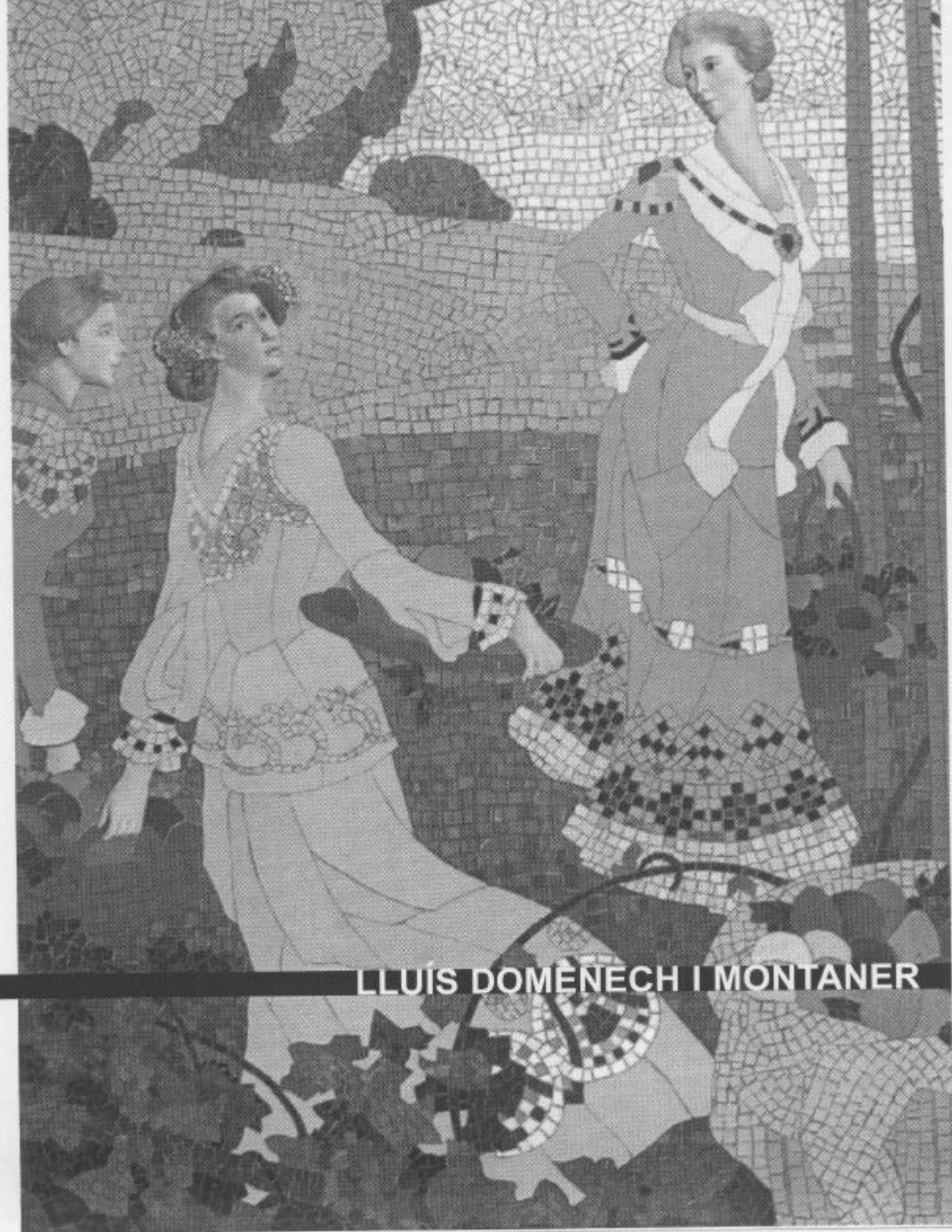


— A. T. 9. — Sucesos de BARCELONA (26-31 de Julio de 1909)  
14. Iglesia Parroquial de S. Juan, Gracia. Fachada lateral

ANTOLOGÍA

EN BUSCA DE UNA  
ARQUITECTURA NACIONAL



LLUÍS DOMÈNECH I MONTANER

La palabra final de toda conversación sobre arquitectura, la cuestión capital de toda crítica, viene a girar, sin querer, alrededor de una idea, la de una arquitectura moderna nacional.

Y siempre que se origina esta cuestión nos preguntamos a pesar nuestro: ¿podemos tener hoy en día una verdadera arquitectura nacional? ¿Podremos tenerla en un futuro próximo?

El monumento arquitectónico, tanto como la que más de las creaciones humanas, necesita la energía de una idea productora, un medio moral en qué vivir y en último lugar un medio físico de qué formarse y un instrumento más o menos perfecto de la idea, acomodando un artista a ésta, y a los medios moral y físico, la forma arquitectónica.

Siempre que una idea organizadora domina un pueblo, siempre que irrumpe una nueva civilización, aparece una nueva época artística.

Colosos de la naturaleza, corta con atrevido cincel las montañas trabajando ellas Mavalipuram, Elifanda o El-lora.

La monarquía despótica hace brotar del lodo del Eúfrates y del Tigris, con toda su imponente y majestuosa grandeza los palacios inmensos que sobre sus tronos de arcilla en las llamas calcinadas de Caldea, Asiria y Persia, dominan uno tras otro todo el mundo.

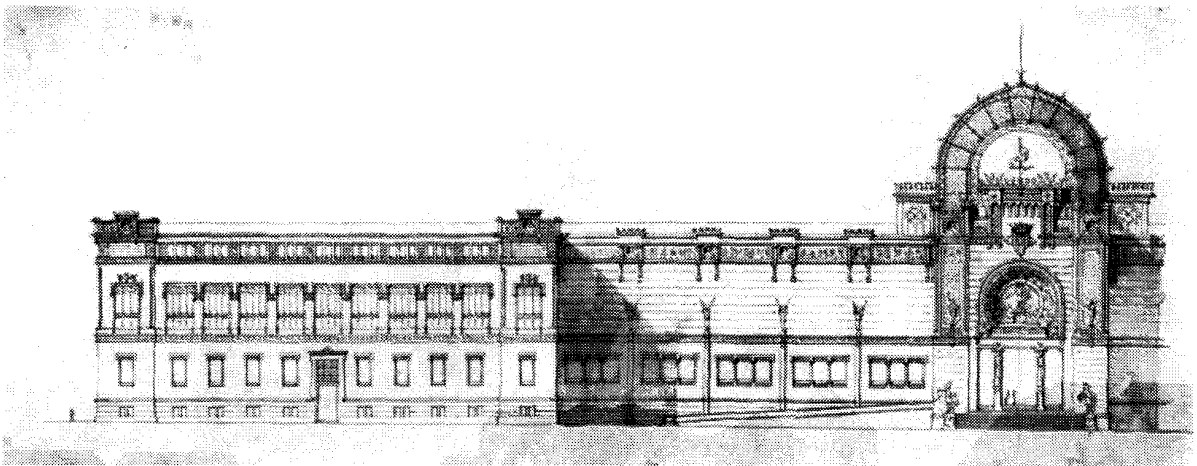
El principio teocrático y la fe en la vida eterna levantan en las riberas del Nilo los palacios y templos de granito indestructible, Karnak y el Ramescion, los templos de Denderah y de la isla de Philoe.

La forma republicana y el culto al hombre elevado a semidiós crean el Partenón y el templo de Teseo.

La idea política, el principio del orden social da vida al Coliseo, a la Columna Trajana y a las Termas. Incluso el genio fanático guerrero y sensualista del Islam, al ser contenido en su inundación, descansando de sus victorias, sobre columnas de mármol y a la sombra del templo bizantino trenza los dorados rayos

del sol de Andalucía en las lacerías y los alicatados de la Alhambra. El cristianismo en su cuna ensaya mil templos para su ideal, muchos de ellos se destruyen pero nos deja aún hermosas pruebas de su trabajo, San Vital de Rávena, San Marcos de Venecia y Santa Sofía de Constantinopla y cuando el oprimido vasallo de la Edad Media ve en la cruz el signo de la redención eterna y de la misma redención temporal, entonces las escuelas laicas del pueblo alzan frente al monumento de la fuerza, frente al castillo feudal, el sublime templo del idealismo, la catedral cristiana.

Sólo las sociedades sin ideas firmes, sin ideas fijas, que viven fluctuando entre el pensamiento de hoy y el de ayer sin fe en el de mañana, sólo estas sociedades no escriben en monumentos duraderos su historia. Siendo transitorias sus ideas, transitorios son los monumentos a los cuales ellas dan vida. Son en el orden moral como aquellas llamas del desierto, sin una gota de agua que las temple, con sus transiciones de un sol de fuego a una noche de helada irradiación. Solamente pueden echar raíces las plantas inferiores.

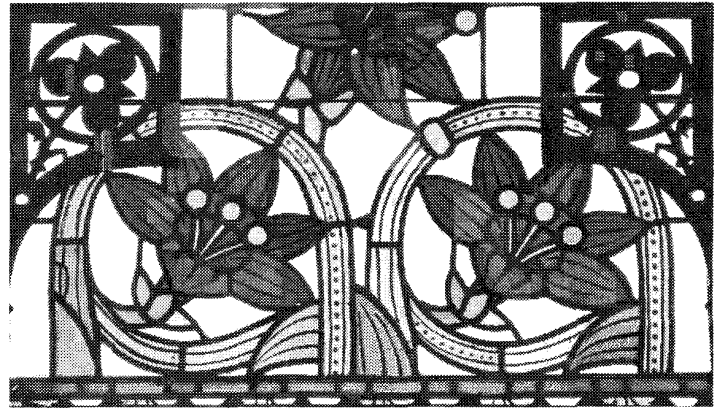


La palmera cimbreaba gentilmente sus flexibles ramas en la abrasadora corriente del simún, el abeto de las nevadas montañas desafiaba inflexible la helada tramontana y no obstante ni la una ni el otro pueden resistir las alternativas de una mañana de julio y una noche de enero en el dulce clima de nuestras regiones.

En una época de transición, cuando se combaten las ideas sin tregua, en medio de las notas discordantes dadas por la pasión de todos, es imposible encontrar la grandiosa armonía de la cual han sido imagen las verdaderas épocas arquitectónicas.

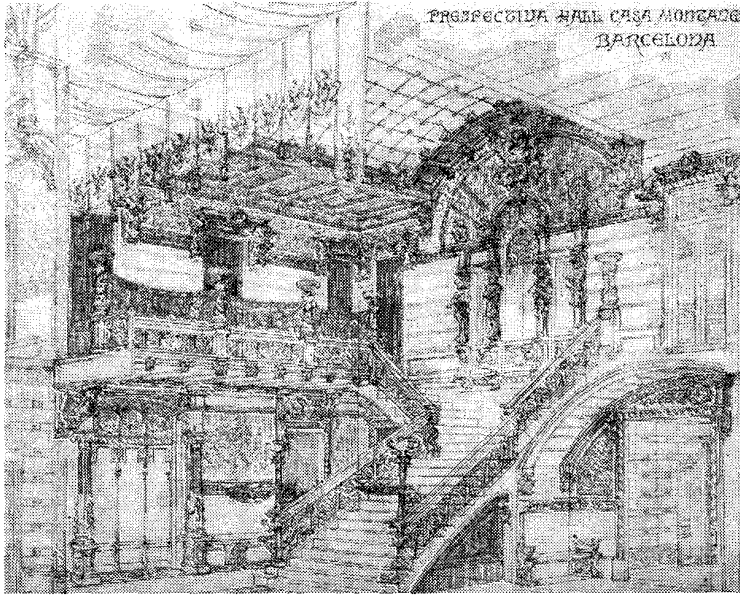
Si la civilización moderna no estuviera trabajada por la lucha interior, si el público pudiese guiar con su opinión y con sus aplausos al artista, daría indudablemente origen a una nueva época arquitectónica, y lo hará con el tiempo aunque de la forma lenta en que se viene dando el movimiento artístico. Nunca como ahora se habían reunido tantos elementos para ello. Las justas y emancipadoras ideas iniciadas por el cristiano son llevadas del espíritu individual al espíritu del régimen de los estados en unos prácticamente, en otros como aspiraciones aún no realizables. Las cuestiones de forma y personales, más que las ideas, son las que producen esta continua lucha en la cual consume sus mejores fuerzas la sociedad moderna, Pero las necesidades que estas ideas originan en la administración de las naciones civilizadas, la creación de los edificios que las han de satisfacer, son admitidas por toda clase de pensadores.

Al mismo tiempo las antiguas civilizaciones nos entregan sus tesoros de conocimientos y de formas artísticas; los museos se llenan de modelos llenos de provechosas enseñanzas; la imprenta difunde rápidamente los estudios llevados a cabo tanto acerca de las ruinas de Babilonia, Nínive, Persépolis, Elora, México, Tebas, Troya, Atenas y Roma como de aquellos edificios inmensos que en su delirio eleva el genio industrial en un día para destruirlo a la mañana siguiente; la mano de una débil criatura auxiliada por la electricidad y la química derriba a su placer la gigantesca montaña de mármol, el hierro se abrasa en el alto horno para venir retorciéndose a someterse al laminador que lo



Café-Restaurant de la Exposición Universal de 1888.  
Vidriera-cartela de tema floral. Fachada NE

domina para que nos entregue luego dócilmente su fuerza; la ciencia mecánica determina ya los rudimentos de la forma arquitectónica y presenta como una aspiración el deducir las artísticas leyes de las proporciones y de la armonía cromática, como ha determinado ya las de la armonía sonora; las naciones en fin abren sus tesoros al artista para levantar en el terreno real sus ideales conceptos. Todo anuncia la aparición de una nueva era para la arquitectura, pero preciso es confesarlo, nos falta aún un público de un gusto y de ideas afirmadas, nos falta un público al cual la enseñanza del dibujo decorativo en las escuelas o la práctica en la apreciación de obras artísticas le den un sentimiento artístico, para poder guiar como los griegos en el ágora de Atenas a sus arquitectos y a los modernos artistas en sus pensamientos. El arquitecto de hoy se encuentra en el campo de la complicada civilización moderna con un sinfín de necesidades artísticas y materiales a las cuales satisfacer y con infinitos medios para resolverlas, pero, a veces por no haber recibido en la época de su formación una instrucción



Palau Montaner. Perspectiva del Hall

suficiente, otras veces por no tener bastante talento en aplicar los conocimientos adquiridos, el artista moderno, se siente más dominado por el material que trabaja que su dominador y sólo después de una época, que no nos atrevemos a fijar, podrá reunir en sus creaciones todos los materiales que la civilización le va entregando de día en día. En este momento, arrojando todas las ataduras que la ligan a rancias e ignorantes preocupaciones de escuela, no buscando para llamar la atención ostentar una imaginación que el público sabrá apreciar ya en las más sencillas obras, la arquitectura moderna, hija y heredera de todas las pasadas, se levantará por encima de todas, enjorada con los tesoros de aquellas y con los de la industria y de la ciencia por ella misma adquiridos.

Pero una arquitectura de tal manera adquirida será, como todas las que hasta aquí han existido, el arte de una generación; representará una civilización pero no una región. En una palabra, la arquitectura, dadas las condiciones actuales de la sociedad moderna, no puede conservar un carácter verdaderamente nacional. El espíritu propio de una nación podrá

modificar el tipo general moderno, podrá constituir una escuela, una graduación, pero no un arte distinto con sus condiciones necesarias, es decir, con un sistema propio de construcción, con sistema propio ornamental. La expansión continua de los conocimientos a través de las fronteras, la poderosa fuerza de asimilación de la instrucción moderna, el parecido de la organización de los pueblos anularán todos los esfuerzos para crear una arquitectura nacional. El arte romano no es romano por el lugar de su origen, lo es por representar la civilización romana. Si pudiese crearse una nueva arquitectura en una nación respondiendo a las necesidades del día bien pronto se extendería a los demás países civilizados que profesan ideas y poseen medios parecidos. Sería una arquitectura moderna pero no nacional.

Es verdad que el carácter secular del pueblo, sus tradiciones artísticas y su clima pueden hacer variar profundamente las necesidades de los edificios de dos países aunque respondan a un mismo orden de ideas. Estas graduaciones de una misma idea arquitectónica podrán hacerse visibles entre pueblos cada uno de carácter, clima, tradiciones definidos y completamente distintos uno del otro, más para los pueblos que constituyen la actual nación española ni esta graduación común a todos en el arte moderno nos será posible el día en que éste llegue a constituirse completamente.

¿Cuáles son nuestras tradiciones artísticas comunes? ¿Cuál nuestro común carácter? ¿Qué medio físico debemos considerar como nacional?

Ni una misma historia, ni una misma lengua, ni iguales leyes, costumbres e inclinaciones han formado el diverso carácter español. El clima más variado, la tierra más diferente, en su topografía, época de formación y naturaleza, constituyen las diversas regiones de España y, como es natural, de estas circunstancias ha nacido el predominio de tradiciones artísticas generalmente árabes en el mediodía, románicas en el norte, ojivales o góticas, como se dice vulgarmente, en la antigua corona aragonesa y centro antiguo de España y del renacimiento en las poblaciones a las cuales dio vida el poder centralizador de las monarquías austríaca y borbónica.

De estos elementos artísticos difícil es formar una unidad arquitectónica que sea más española que la de otra nación cualquiera y que sea igualmente grata a todos nosotros.

Podríamos tenerla cuando se pudiese confundir en una sola figura a Pelayo y Wifredo, cuando Roncesvalles, la conquista de Sevilla y la expedición de Grecia fuesen la gloria reconocida de un sólo pueblo, cuando el enérgico y reposado canto del «Tcheco jaona» y la balada del «Compte Arnau» pudiesen ser cantados y comprendidos por los que modulan con los estallidos de fuego y de lasitud del Mediodía la pintoresca «playera» o la triste «soledad», cuando la matrona de nuestras masías supiera atarse en el pelo el ramillete de claveles rojos que tan bien sienta sobre una frente tostada bajo la luz cegadora de Andalucía.

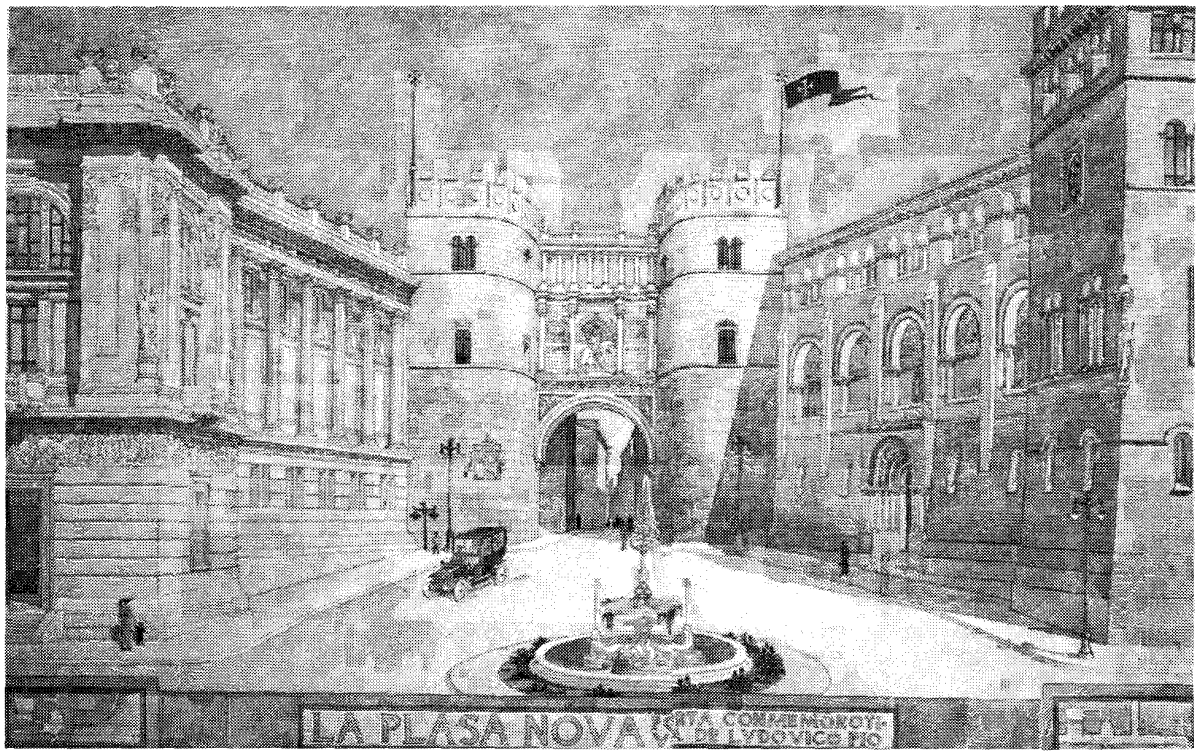
En fin, podríamos formarle cuando el genio moral y materialmente sólido del gallego; lo valientemente lleno de fe del vasco y del navarro; lo activo del catalán y lo ingenioso del andaluz pudiesen encontrarse en un solo carácter.

Y todos estos y muchos otros elementos unificados podrían reflejarse en un gusto y un arte nacional si, como sucedía en la Grecia civilizada, en Asiria, en Egipto, un mismo clima e idénticos materiales obligasen al artista a adoptar formas fundamentales determinadas. Pero tampoco existe este poderoso elemento de unificación. El clima del Mediodía es casi el ardiente del Africa; el del Cantábrico puede equipararse muy bien al de algunas naciones del norte de Europa.

El medio geológico, y, por consiguiente, el topográfico, no puede ser tampoco más tormentoso. Las erupciones graníticas y porfídicas en sus diversas variedades brotan por todos los sitios en España introduciendo la más grande accidentación en toda la superficie del terreno y cambiando en cada una de las regiones los materiales puestos por ellas al descubierto. Sería un estudio curioso, que aquí no podemos hacer, el comparar detenidamente el carácter de las poblaciones españolas con el terreno que las sustenta, comparar por ejemplo Galicia y Asturias, moralmente

Palau Montaner. Hall (vista de la época)





Reforma de Barcelona, proyecto Plasa Nova

consideradas de las mismas regiones, con la preponderancia de terrenos graníticos, gneisiacos, y silurianos; a las provincias Vascongadas y Navarras con los terrenos secundarios o terciarios antiguos sobre los que yacen; a Cataluña con todo este conjunto complicado de accidentes geológicos que hacen en ella la historia del mundo en pequeña escala; a Aragón y a las dos Castillas con estos tres grandes lagos de tranquilas aguas terciarias que las constituyen respectivamente y por último las Andalucías con las blandas cuencas terciarias o aluviales aún fertilizadas por el Guadalquivir y el Guadiana entre las ásperas sierras más antiguas y los terrenos metamórficos que les dan maderas de construcción y combustibles, mármoles y metales.

Después de este conjunto de circunstancias exteriores resaltan entre los artistas, y aún más entre los críticos, para constituir una arquitectura moderna y nacional cuatro tendencias.

La primera y más antigua, que fue general a principios de siglo en toda Europa, es la que se da orgu-

llosamente el nombre de clásica o greco-romana. La generación actual conoce y respeta demasiado el arte griego y las sabias construcciones y disposiciones arquitectónicas romanas para admitir tal nombre ni tal simulacro de arquitectura. La majestuosa columna dórica, la elegante columna jónica, la graciosa y rica columna corintia, redondas en planta porque servían de soportes aislados alrededor de los cuales tenía que circular la multitud en los pórticos de que formaban parte, ligeras y elevadas porque no sostenían más que un sencillo techo y sentaban su base en tierra firme, que constituían un miembro constructivo sabiamente arreglado a su objeto, pierden en la arquitectura seudo-clásica su carácter serio, formando a veces unos encima de otros sin que su forma a nada responda y sin objeto útil para la construcción, aplastándose otras veces con sus propios capiteles, en contra del buen gusto griego, en forma de pilastra por entre las cuales, como en un templo aprovechado para



casa de alquiler, aparecen balcones y ventanas rompiendo las líneas verticales sin orden ni concierto. La forma cilíndrica poco firme que los griegos se esforzaron en acentuar y afirmar con las estrias, se presenta muy a menudo lisa y los capiteles, obra maestra que limaron los griegos mil veces y que nunca llegó a satisfacerlos, se atreven a presentarse con la bastarda forma toscana.

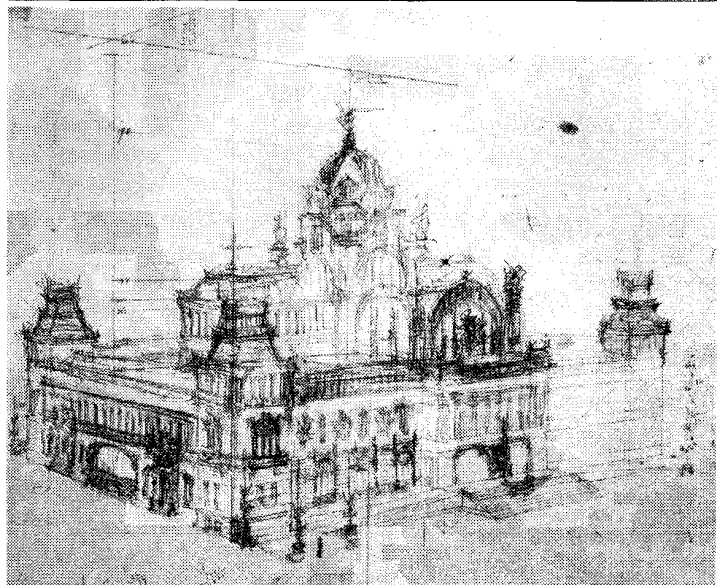
El frontón, que en los templos clásicos se presenta como elemento de una cubierta de edificio siempre conociendo su imperfección en los ángulos inferiores y procurando la estabilidad aparente por medio de las acróteras, se presenta aquí prodigado con formas raquíticas sobre cualquier abertura de las fachadas, rompiendo siempre las rampantes sus molduras contra la cornisa de cualquier manera y sin el paliativo que el buen gusto clásico aportó a este defecto... Pero ¿para qué repetir lo que ya han hecho popular en volúmenes completos Viollet-le-Duc, Boutmy y tantos otros? Completamente abandonada de todos los pueblos esta arquitectura, que destruyó sin conciencia excelentes obras de la edad media, que mal copiaba la forma sin entender el sentimiento clásico, hoy es ya un cadáver, o mejor dicho, la momia repugnante, por su desfigurada forma y su falta de razón de ser y de vida, de la arquitectura clásica. Sin embargo, tiene algún partidario aún entre los que la practicaron en otros tiempos, o entre los que presumen de personas doctas que siempre se duelen de los tiempos que se van, sin que corrijan los presentes, ni preparen los de después.

Otra escuela, ecléctica pero respetable, es la que pretende conservar las tradiciones clásicas aplicándolas a los edificios a los cuales dieron vida y a los que naturalmente se amoldan. Esta escuela, como la anterior, no es precisamente nacional y parte de un estudio verdadero del arte clásico antiguo o de la Edad Media que le es verdaderamente conocido. El centro principal de esta escuela es el alemán. Para ella un cementerio debe ser egipcio o algo por el estilo, un museo griego, un congreso romano, un convento bizantino o románico, una iglesia gótica, una universidad del renacimiento y un teatro medio romano medio barroco y así todo por el estilo con pequeñas variantes. Es preciso confesar que esta escuela tiene conocimientos, pero no creemos que tengamos de

apoyarla. Las formas antiguas no se avienen con nuestras necesidades actuales ni con nuestros medios de construcción, de manera que los mismos autores de esta escuela se ven muy frecuentemente obligados a faltar a sus conocimientos de la tradición y a sus propósitos, escondiendo los medios modernos de los cuales se valen (la jácena y la columna de hierro, por ejemplo) que difícilmente pueden disfrazarse cuando responden a una necesidad real y digna de ponerse de manifiesto... y también consideraremos muy triste para la generación actual el que, al ser llamada a juicio por las siguientes, puedan las anteriores despojarla de todos sus monumentos sin dejarle una forma propia.

Finalmente dos otras tendencias razonadas, que por nosotros responden a un origen dignísimo de aprecio, son las que pretenden continuar las tradiciones de la edad media, en mala hora interrumpidas en arquitectura por el renacimiento. La primera de las dos escuelas prefiere los monumentos románicos y ojivales y en consecuencia como tradición patria la de

Reforma de Barcelona, perspectiva del edificio



la escuela aragonesa que tan bien representada tenemos en Cataluña. La segunda prefiere la arquitectura árabe o la modificación de la misma que los alarifes importaron a la sociedad cristiana y que se conoce generalmente con el nombre de «múdejar» y de la que se encuentran principalmente abundantes muestras en Toledo. Si no hubieran pasado de tres a cuatro siglos desde el tiempo en que ambos estilos se detuvieron, si pudiéramos permanecer aislados del movimiento de Europa, creemos que ellos podrían constituir dos tipos distintos de arquitectura nacional, uno que tal vez podría aplicarse al mediodía y centro de España y otro que podrían adoptar los de la parte oriental de nuestra nación. Tal vez las dos podrían unirse y violentándose formar una tercera arquitectura; más francamente por razonamiento y por sentimiento creemos que todo el camino que se hiciera en este sentido no conduciría a una era brillante de arquitectura moderna. Durante horas y días hemos estudiado con entusiasmo cada uno de los monumentos de los dos estilos de que tan rico es Toledo y cada día al volver a través de las neblinas del Tajo a nuestra posada de la costa del Alcázar, reflexionando sobre lo estudiado durante el día, adquiríamos una nueva admiración por lo hecho y un desengaño por lo que teníamos que hacer. Que su composición es por decirlo así elástica, que puede sacarse mucho partido de uno y otro estilo, no se puede negar. Un edificio solo lo demostraría, el nuevo arsenal de Viena, que proviene de tradiciones idénticas y que para nosotros está perfectamente compuesto. Pero en éste y en todos los que se intentasen los elementos de los dos estilos no son bastantes para satisfacer las exigencias de la época actual. ¿Cómo se sujetaría la gran sala de un teatro, por ejemplo, a las proporciones del arte árabe o gótico en que tan marcada es la preponderancia de la vertical? ¿Cómo podríamos obedecer a las leyes económicas y constructivas, sumamente racionales, que nos obligan a aceptar hoy el hierro con formas nuevas determinadas mecánicamente? ¿Cómo obedecer a las formas que en las grandes salas determinan las leyes de la acústica y de la óptica si además tenemos que sujetarlas a formas no estudiadas para estos objetos? No terminaríamos si quisiéramos indicar todas las dificultades

que en la práctica se oponen y que obligan a recurrir a nuevas formas que, para disfrazar de góticas o mudéjares, deberíamos revestir con cuatro hojarascas de la época poniendo todavía más de manifiesto la pobreza de nuestra fuerza de creación.

¿Por qué no cumplir francamente con nuestra misión? ¿Por qué no preparar, ya que no podemos formarla, una nueva arquitectura? Inspirémonos en las tradiciones patrias, con tal que éstas no nos sirvan para faltar a los conocimientos que tenemos o podemos adquirir.

Admitamos los principios que en arquitectura nos enseñan todas las edades pasadas, que de todas, bien guiados, necesitamos. Sujetemos las formas decorativas a la construcción como lo han hecho las épocas clásicas; sorprendamos en las arquitecturas orientales el porqué de su imponente majestad en el predominio de líneas horizontales y de grandes superficies lisas o ligeramente trabajadas contraponiéndose con el grandioso motivo ornamental formado por las esfinges asirias o persas ricamente decoradas; recordemos el principio de la solidez en las firmes líneas egipcias; procuremos adquirir los tesoros de gusto del templo griego; estudiemos los secretos de la grandiosidad de las distribuciones y de la construcción romana, el de la idealización de la materia en el templo cristiano y el sistema de múltiples ornamentaciones ligadas unas con otras para irse volviendo claras y ordenadas a diferentes distancias en la decoración árabe, aprendamos por fin la gracia del dibujo del renacimiento y tantos y tantos otros conocimientos que si las estudiáramos para no copiarlas las artes de todas las generaciones pasadas nos enseñarían. Y con estos principios severamente comprobados apliquemos abiertamente las formas que las nuevas experiencias y necesidades nos imponen enriqueciéndolas y dándoles expresión con los

tesoros ornamentales que los monumentos de todas las épocas y la naturaleza nos ofrecen. En una palabra, veneremos y estudiemos asiduamente el pasado, busquemos con firme convicción lo que hoy tenemos que hacer y tengamos fe y valor para llevarlo a cabo.

Se nos dirá quizás que esto es una nueva forma de eclecticismo. Si procurar la práctica de todas las buenas doctrinas, que como buenas no pueden ser contradictorias, procedan de donde se quiera, es ser ecléctico, si asimilarse, como la planta del aire y del agua y de la tierra, los elementos que se necesitan para vivir una vida sana es hacer eclecticismo; si creer que todas las generaciones nos han dejado alguna cosa buena que aprender y quererlo estudiar y aplicarlo es

caer en esta falta, nos declaramos convictos de eclecticismo.

Sabemos bien que no es este el camino de los triunfos fáciles para los artistas que quisieran seguirlo. Tampoco el trabajo asiduo que esto requiere es el camino para alcanzar provecho para hoy y gloria para mañana. No es un trabajo de dos ni de tres generaciones para que pudiera producir su resultado y cuando se alcanzara, lo que ha hecho cada artista de hoy sería una gota más en el mar de las ideas pasadas.

Lluís Domènech i Montaner, «En busca d'una arquitectura nacional», publicado en *La Renaixença*, 1878, Barcelona, año VIII, núm. 4, vol. I. 28 de febrero de 1878, pp. 149-160

Institut Pere Mata (Reus). Modelo de pavimento hidráulico

